



José Antonio  
Rodríguez Alva

# LA FUERZA CON QUE LOS CUERPOS SE ATRAEN



LA FUERZA CON QUE LOS  
CUERPOS SE ATRAEN



José Antonio Rodríguez Alva

LA FUERZA CON QUE LOS  
CUERPOS SE ATRAEN



ARS  POETICA



José Antonio Rodríguez Alva

LA FUERZA CON QUE LOS  
CUERPOS SE ATRAEN

Prólogo de  
Alberto Rivas

colección

| SOLA NOCTE |

ARS  POETICA  
*boutique de poésie*

*La fuerza con que los cuerpos se atraen*  
José Antonio Rodríguez Alva

Colección: SOLA NOCTE  
Director de colección: Jesús Urceloy

Dirección editorial: Ilia Galán

Ilustración de cubierta:  
*Alegoría con Venus y Cupido*  
(Bronzino, hacia 1540-550)



© 2020 José Antonio Rodríguez Alva  
© 2020 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: enero, 2020

ISBN: 978-84-17691-88-2  
Depósito Legal: AS 00103-2020

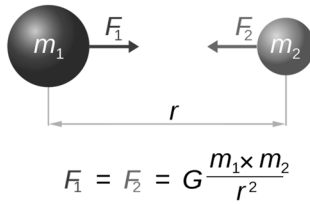
Impreso en España  
Impreso por Podiprint

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



La fuerza con que los cuerpos  
se atraen





Celebración de  
José Antonio Rodríguez Alva

Yo no te puedo ser, tú a mí tampoco,  
y sin embargo somos, y el camino  
ni nos permite sernos uno y trino  
ni alcanzarnos los dedos por muy poco.

Jugar es otra cosa jugar loco:  
tu risa abre las manos hacia el vino  
y la amistad te colma: clandestino,  
breve, fugaz, intenso, azul, barroco.

Jugar o ser, el alma no torrente,  
o nunca imaginada, o risa o duda,  
romperse, interesarse gradualmente:

una entrederramada zarza aguda  
libre, vertiginosa, alegremente  
hace tu verso: el agua se desnuda.

JESÚS URCELOY / octubre 2019



## PRÓLOGO

# LO PRIMERO QUE TIENE QUE SABER UN ARTISTA

«Las palabras pueden tener un significado propio y otro figurado, y en este caso, el sentido literal no es la figura sino lo figurado».

SANTO TOMÁS

Recuerdo a menudo las palabras que Gerard Depardieu regala a Patrick Saverioni — siendo este apenas un niño — en *Vatel*, la película de Roland Joffé sobre el maestro de ceremonias del príncipe Condé de Chantilly: «— Armonía y contraste: los dos elementos que componen la belleza. Ya ves Colín, pocas cosas son bellas o feas por sí mismas, eso es lo primero que tiene que saber todo artista». Me las repito a diario en un ritual de exaltación casi dadaísta. Y qué fascinante comprobar cómo cambia mi percepción como si el ritual surtiera un efecto casi inmediato. Estos juegos mágicos, que nos acompañan toda la vida y hacen de ésta un camino un poco menos oscuro, nos recuerdan la importancia

que tiene en nosotros la palabra y más en concreto la palabra recitada, que nos ata a la existencia y nos inocula un atávico sentimiento de pertenencia. Decir la palabra es el ritual humano por excelencia y se revela en su máximo esplendor en la filosofía y en su brazo armado: **la poesía**.

Es innegable el efecto que tiene sobre nosotros la poesía, réplica de la vida, plegaria, apenas rezo o mantra. Juarroz afirma: «La poesía es también probablemente la forma más pura de ir más allá del silencio y más allá de la soledad. [...] Para el poeta, la poesía ocupa el lugar de la oración, la reemplaza y al mismo tiempo la confirma». Y es Hugo Friedrich en su Estructura de la lírica moderna el que afirma que «los poetas están solos ante el lenguaje, pero este solo basta para salvarlos. Incluso los más solitarios saben que con ello pertenecen a una eternidad, es decir, a la eterna libertad del lenguaje para inventar, jugar, cantar y transformar».

Así viene el lenguaje hacia nosotros – oriente emulando el viaje diario del Sol hacia el oeste – representando la transformación del alma de piedra bruta, simple cabujón deslucido, a diamante refulgente que filtra, descompone y polariza la luz de todo entendimiento. Esta es la sorpresa de Campbell, la sorpresa de Aldous Huxley que necesita de La Isla para hacernos entender lo fugaz de la existencia, de lo

inmaterial y del frágil equilibrio que mantienen lo efímero y lo trascendente. José Antonio Rodríguez Alva sabe bien que las nuevas concepciones del tiempo y su hipermultiplicidad conllevan nuevas formas de entender la poesía. Casi nos recuerda al pie de la letra las nociones temporales de Vilém Flusser: el tiempo de la imagen, el del libro y el del bit – al que quizá debiéramos añadir el tiempo poético –.

Como haciéndose la capacha para el camino interior, Alva nos entrega una sorprendente *Fuerza con la que los cuerpos se atraen*, regalo del oriente atestado de nuevos olores y sabores que despiertan los sentidos mientras se adormece lo real. Un poemario de escritura prodigiosamente fresca y minimalista, de mercaderías de especias y sales, que hace que el lector se adentre en su poética como el que entra en la fría realidad de un río o en el caótico zoco de alguna lejanía extranjera. Poemas de salvia y hierbabuena para curarnos la herida de vivir. Poemas que endulzan los labios con gotas de vipassana, silencio y meditación.

Con premura abre el poeta en torrente y sin puntuación alguna –fluir inmaterial de voz– la casi lluvia de sus versos «bajo el cielo en que velan mis manos/cabe la tierra de los niños desatendidos» y es la impredecibilidad la que guía su verso en caída libre hacia el sosiego yendo de ahí

hacia el orden, de lo abstracto a lo concreto como chamán, de la magia al nombre y de ahí a la sorpresa «Creo en los otoños como quien/ no cree en el otoño/ y soy uno con la lluvia/ y dos en tu paso,...» Y aquí donde el río se hace remanso y arroyo, José Antonio nos brinda un verso natural en busca de la identidad en las palabras, siempre bajo la atenta mirada de la muerte que «nos robará la sombra, / de eso trata la tormenta, / de eso sólo». Y veo entonces un poema que es Ansel Adams recorriendo con la mirada la imagen en blanco y negro de su tierra natal, la misma que vieran Thoreau y Whitman y entiendo la natural redención de lo natural. Y pienso en las palabras del gran poeta americano «después de todo, si alguien ha de escribir poesía el secreto es entrar en contacto con la humanidad, saber qué está pensando la gente, retirarse hacia las fuentes más profundas de la vida, atrás, atrás, hasta que no haya más donde retirarse». Puedo incluso robarle a Eco sus palabras sobre Juan Escoto Erígena, que bien valdrían y serían adecuadas para la poesía de José Antonio, «... el núcleo de su estética reside precisamente en su capacidad para leer no fantásticamente, sino filosóficamente, la naturaleza, viendo en cada valor ontológico la luz de la participación divina; y, digámoslo también, en el devaluar implícitamente toda



realidad física para encontrar la única y verdadera realidad que es la idea».

José Antonio ha logrado congregarse aquí las vorágines del tiempo que manosean las artes a su antojo para fabricar fastos y oropeles de divina factura. Y es que el tiempo nos hace obrar prodigios y trae a mi memoria, en su torre de Bollingen —que él mismo construyera con sus propias manos— a un famoso psicólogo que lleva años acumulando piedras y trabajándolas. Hasta tal punto llega su afición a la cantería que se ha labrado con ello una reputación como artesano de la zona. «... Me decía el hijo de un picapedrero de la comarca: “Los albañiles no saben ya trabajar con piedra natural; pero el viejo Jung, allá abajo, junto al lago, sí que sabía aún cómo se maneja bien la piedra”». Cada piedra es transformada en otra cosa —manteniendo su esencia, sí— pero convirtiéndose en otro objeto. Una constante búsqueda de la clarividencia que nunca nos fue del todo extraña. Así el psicólogo recoge en uno de los encantamientos de su *Libro rojo*: «...Y soy el huevo, y encierro y abrigo en mí el germen de Dios», y José Antonio parece responder: «...Estamos hechos de materias sensibles/ que buscan ponerse en contacto/ con el profundo silencio de las cosas», como intuyendo el camino. La escritura es transformación y la

transformación es el uso del tiempo para hacer de lo real otro espacio. Moldeando la piedra se llega a otros mundos que también son reales y que acogen, no sin escepticismo y a veces suspicacia, nuestras sensibilidades en ellos, como la extensión de nuestro cuerpo a la que se refiere Valle-Inclán en su *Lámpara maravillosa*: «Nuestro ser parece que se prolonga, que se difunde con la mirada, y que se suma en la sombra grave del árbol, en el canto del ruiseñor, en la fragancia del heno...».

Y así, tras el viaje poético, resulta que todos somos a la vez camino y caminante y podemos afirmar rotundos –como hermético Porchia y exclamando, no sin cierto asombro–: «Antes de recorrer mi camino yo era mi camino», y entonces la escritura se vuelve clara como el agua y bondadosa. ¡Ay! de José Antonio si, como en su canto –sutra casi diamantino–, estuvieran todas las voces del mundo y todos los tiempos: estaríamos todos completamente en todos y sería, quizá, la única manera de acercarnos al divino silencio que tras la verdad esconden los primeros dioses. La única manera de realizar ese utópico sueño verdaderamente humano de la comprensión última: «Seguimos al loco immaculado/ apostado en la sombra/ y somos la piel de un león» para intentar salvarnos solamente no teniendo nada

más en las manos que nuestras manos y volver al final a la palabra: «Disculpa que no tenga un nombre que darté. / Ni siquiera sé si me escuchas.»

Habla pues José Antonio de una filosofía y de todas, de una manera de mirar el mundo y de todas. Habla de uno y de todos los viajes del alma y también de una música y de todas las músicas; es probable que como Macrobio en el siglo quinto, haya descubierto esa tendencia en las grandes figuras a ver *el cosmos como un gran hombre y el hombre como un pequeño cosmos*. Un recorrido digno de todo bodhisattva, la joya brillante del gran hilandero de sutras.

ALBERTO RIVAS

Madrid 2019



«La ley, a la que alude el título de este libro, fue descrita por Sir Isaac Newton en 1687, desarrollada en los siguientes o parecidos términos: «La fuerza con que dos cuerpos se atraen es directamente proporcional al volumen de sus masas, e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa.»

(De lo que se deduce que dicha fuerza está sobrevalorada, no es tanta).

Pertenece a esa muy leal, antigua y noble orden de los que se abrazan a los árboles.

Pertenece a esa muy leal, antigua y noble orden de los que siembran a su paso de los desorden de las estrellas.

## Segundo Sutra<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El término proviene del sánscrito *sūtra* (सूत्र), que significa ‘cuerda’ o ‘hilo’. Así se designa por ejemplo al *Upavīta* o ‘cordón sagrado’. El sustantivo *sūtra* (‘hilo’, aforismo) proviene del verbo *sūtr* (enlazar con un hilo que mantiene las cosas juntas, hacer un collar con abalorios, encadenar, idear, realizar, producir, componer). Este deriva del verbo *siv* (‘coser’), que produjo por ejemplo el sustantivo *sīvani* (‘frenillo del prepucio’ de un varón, o ‘rafe’ o línea debajo del ano de un caballo, ‘perineo’ o línea entre el ano y los genitales en los seres humanos). Esta palabra sánscrita deriva del indoeuropeo.» De la vilipendiada Wikipedia.



## CARTA DE JOSÉ DE ARIMATEA A LOS SUYOS

*Yo José de Arimatea, vestido para la ocasión, os confieso hermanos, mi deuda con la tierra sigilata, mi preferencia por la arpillera frente al Vaticano, la admiración por el desnudo de Eva. Yo, arimateo que he perseguido las sandalias del obispo, caduco como he hallo, voy a romperte el orden natural del verso en la cabeza, yo hermanos en la Fe del Cíclope, reconozco haber pasado el invierno bajo plásticos adorando la dulzura del paseante distraído, la jerga militar de Teresa de Ávila y el regaliz de San Juan. Vestido para la ocasión, profeso los votos anticapitalistas y me retiro de esta causa al exilio emilianense. Maltrechos como os he dejado os encomiendo a la espada de los registradores de la propiedad, a la consonancia de la Corona y al oblongo vientre de las portavoces del gobierno. Yo, que me he presentado como José de Arimatea, reniego de Arimatea y de José, hijo del tragaluz del motor primero del monoteísmo, me hago cargo del annus horribilis de los refugiados y de nuestras infecciones de orina, cargo sobre mis hombros la responsabilidad de haberme vestido para la ocasión, de haberme alimentado de carne de seres sintientes y profesado la gula emocional.*

Yo José de Arimatea que os amo tanto.





QUE DE VISTA ME PERDIESE<sup>2</sup>  
/Y NO HALLASE SIGNOS DE PUNTUACIÓN/

---

<sup>2</sup> Los versos que aparecen con \* pertenecen al poema de S. Juan de la Cruz:  
«Tras un amoroso lance».



«Tal vez sea demasiado temprano  
en la mañana  
y no te hayas levantado todavía.»

BRIAN PATTEN



## ACTO I. LA PUNTUACIÓN PERDIDA

en el escalón de la efe figura que sus pies son un animal marino  
ante el mar que es una aldea pequeña que desconoce  
bajo el cielo en que velan mis manos  
cabe la tierra de los niños desatendidos  
contra su piel de veinticuatro horas una insuficiencia cálida  
en el rocío de su timidez sin atar los lobos  
en la isla vacía donde un náufrago respira a su lado  
el diminuto rincón de los teléfonos  
en el abrazo de las cinco horas y cuarenta minutos  
para recorrer la edad de las tormentas  
parte su desnudo bajo la almohada  
hacia al amor en quince días  
versus la fragilidad del árbol  
vía vestida de tunecina vestida de atún de tul sin sus ropas  
mediante las sílabas que no pronuncia  
entre las llamadas en llamas además  
sin querer ensuciar su pelo negro  
hasta avistar el límite de su cama  
durante la aféresis y otras palabras afiladas  
en la aguda aguja del agutí  
en las especies animales extintas de francia  
ardiendo un instante antes de abrir los ojos  
so pena de sus hachas  
desde que son coreográficas sus rodillas

hasta inventar la caricia coriolana  
y su batalla en mi antepecho  
bajo agitando poseyendo apartando el rizo  
cabe recorriendo todo el lunes  
cabe leer a quien ama tras el universo sus pies tal vez

que mi voz te toque sin subrayados  
con la soledad de los segundos apéndices  
en la saciedad del silencio  
que mi voz te toque  
debe estar lloviendo en todos los interiores  
esta canción con septiembre al lado  
en los pequeños movimientos que me llevan  
por la descripción de la anatomía  
tu geológica topológica y geográfica rima  
insistente como un balcón pronunciado  
en los confines  
de la luz sorprendida a punta de alfiler  
ahora que el frío afila sus mayúsculas  
y nada es nuevo  
y todo es tan mínimo  
un mensaje dejado a un transeúnte  
con la palabra albor o cualquier otra  
que signifique que mi voz te toque  
sin subrayados  
visitante anómalo animal tranquilo

ser en búsqueda de la sed  
y la respiración de los gatos matemáticos  
y la respiración de los gatos viables  
de la sensualidad comprometida  
en los haces de partículas de luz  
que se disuelven  
en este instante recorrido contigo en mi voz  
y su insuficiencia  
desolación del roce y la calma  
precisión del presente quirúrgico  
que avanza y después será otro  
fecundo en la aceptación de la trampa  
me voy a ir sin amarte  
entre todos los ciervos  
del bosque  
sin llamarte mi tundra  
mi vidriera piel  
mi papel secante  
me voy a ir sin que mi voz  
te toque  
solicita  
con este poco